

Hola queridos amigos!

Hace 15 días tuvimos en nuestra Parroquia de Xipamanine **la misión popular**, con el lema “**Levántate e anda, anuncia la misericordia que salva**”. La semana de misión coincidió con la última semana del Año Santo de la misericordia y Dios nos dio la gracia de celebrarla profundamente, siendo testigos de su Compasión y Amor fiel!

Algunas experiencias de reconciliación me tocaron particularmente y quería compartir con ustedes estas tres.



El primer día de misión, haciendo las visitas a las familias, llegamos a la casa de Luisa, una señora que estaba con su hija, Ester, de unos 30 años. Después de las presentaciones, de compartir un poco sobre la familia, etc... les preguntamos si tenían alguna intención especial por la cual querían rezar. Comenzó Luisa y nos dijo que ella quería pedir por su hija Ester, que no se hablaba con la cuñada ya hacia mucho tiempo y quería pedir para que se reconciliaran. Ester entonces nos explicó que ella se había ofendido por algo que había pasado y que le había dejado de hablar, pero que en realidad ahora ella quería pedirle perdón pero que cada vez que intentaba, algo adentro hacía que se vuelva atrás y nunca daba el paso.

Le preguntamos si la cuñada vivía cerca, y si le gustaría aprovechar ese momento de oración para hablar con ella. De hecho, la cuñada vivía en la casa de al lado, así que le preguntamos si quería que la llamáramos. Ella aceptó y al ratito, la cuñada, Casilda, estaba con nosotros. Le contamos a Casilda quienes éramos y lo que habíamos estado conversando y del deseo de Ester de reconciliarse. Casilda nos dijo que ella no tenía ningún problema con Ester, pero que ella le había dejado de hablar, y no sabía que hacer.

Así que, las invitamos a rezar, hicimos una oración por ellas y después, mirándola de frente, Ester le pidió disculpas a Casilda, quien la recibió con un cariñoso abrazo.

Después Dercio y Gerito, los dos misioneros mozambicanos con los que estaba haciendo visitas, se acordaron que en su tradición, como para “sellar” la reconciliación, tienen que darse mutuamente un vaso de agua. Así, cada una le dio de beber a la otra, frente a la mirada conmovida de doña Luisa, que no cesaba de agradecer a Dios.

En otra visita, llegamos a la casa de Betty. También ella, cuando le preguntamos por su intención para rezar, nos contó su historia. Betty tiene 3 hijas. Hace 24 años su marido se fue a trabajar a Africa del Sur y nunca más volvió. Alguien les avisó que había muerto, por lo que, aunque no tenían el cuerpo, habían hecho toda la ceremonia del funeral y ella vivió como viuda durante todo ese tiempo.

Hace unos 6 años, la hija más chica, que en ese momento tenía 19 años, estaba cursando 12° clase (sería nuestro 5° año de secundaria) comenzó a compartir la escuela con una compañera nueva, que, casualmente, tenía los mismos apellidos. (Aquí las personas tienen, después del nombre, como primer apellido el nombre de su papá y después el apellido de su familia, por ejemplo si el papá se llama Antonio y el apellido de la familia es Penga, la hija se va a llamar Elina Antonio Penga).

La hija de Betty se llama Arminda Vicente Manhice y la compañera era Clara Vicente Manhice. A las chicas les llamó la atención y comenzaron a averiguar y ...resultó ser que el papá era el mismo! El marido de Betty no había muerto! Sino que había formado otra familia en Africa del Sur, con su nueva mujer había tenido 3 hijas (casualmente igual que con Betty) y en ese tiempo había vuelto a vivir a Mozambique! Se imaginan la sorpresa y el revuelo de las familias sabiendo que el hombre estaba vivo.

De esta historia, Betty salta y pasa a contarnos que recientemente la otra mujer del marido había muerto y que él estaba conversando con su familia y con la familia de ella, para volver a la casa! (aquí todo se conversa entre las familias), por eso quería que recemos.

Por el tono en que ella hablaba, yo estaba un poco desorientada, entonces le pregunté qué era lo que ella quería pedirle a Dios, y ella me respondió: “Que Vicente pueda volver a casa”

Se imaginan mi sorpresa! Le pregunto enseguida si ella lo había podido perdonar por todo lo que él le había hecho, y ella sin dudar me responde: “Claro, hermana, es mi marido!”.

...Sin palabras! En mi lógica era incomprendible, porque una cosa es perdonarlo, pero desear que vuelva! No me entraba en la cabeza!...me volví el camino pensando...y la verdad, independientemente de otras conclusiones que podamos sacar, del tema de la dignidad de la mujer, etc, etc....Betty fue para mí una nueva parábola de Jesús sobre el Padre Misericordioso. Tantas veces huimos de Él, lo traicionamos, hacemos elecciones que por años nos mantienen lejos de Él y si alguna vez decidimos volver, por el motivo que sea, siempre El está ahí, esperándonos, con los brazos abiertos!

Lo último que les quería compartir es la historia del Señor Ángelo. Un hombre de unos 70 años.

El viernes último de la misión rezamos con el tema de la reconciliación. Usamos el texto de Juan 8, 1-11, la mujer adúltera, y como signo la piedra. En el momento del signo, hicimos una oración de sanación de la historia personal, recorriendo distintos momentos de la vida, convidando a las personas a ir recordando sus

experiencias, mientras sostenían la piedra en la mano, apretándola y soltándola después, reconociendo como los juicios y el rencor nos lastiman y como el perdón nos libera y nos sana. Al final, dejaban la piedra al pie de la cruz y llevaban, “a cambio” una imagen de Jesús Misericordioso, de Quien, en verdad, recibimos el perdón y la fuerza para perdonar.

Al otro día, sábado por la mañana, hicimos con el grupo de animadores de los núcleos la evaluación de la misión. Cuando estábamos evaluando los signos que usamos en las celebraciones, al llegar a la piedra, el Señor Ángelo, espontáneamente, compartió su experiencia:

“El perdón es tan difícil...cuando nosotros éramos chicos, vivíamos y trabajábamos en la casa de unos parientes lejanos. La señora, cuando hablaba de nosotros, nos llamaba “perros”: “eh, ustedes perros! Vayan a cuidar a los cabritos...” nos despreciaba siempre...el marido no, nos trataba bien. Ellos no habían tenido hijos y cuando murió el marido, esa señora quedó sola y vino a quedarse a nuestra casa y fuimos nosotros los que la cuidamos! Murió este año, con 82 años, ya no se podía levantar, hasta le teníamos que limpiar sus necesidades!.” Don Ángelo lloraba mientras contaba esto.

Entonces le pregunto: y usted la pudo perdonar sr. Ángelo? “Y sí hermana, (entre lágrimas) tenemos que perdonar...”



Evidentemente las heridas profundas no son fáciles de sanar, pero me acordé lo que siempre dice **Miguel Chabrand** sobre el amor a los enemigos, que no necesita ser un amor AFECTIVO, sino que tiene que ser un amor EFECTIVO, y sin duda, aunque el llanto de don Ángelo expresaba el dolor que todavía siente al recordar el desprecio vivido, su actitud para con esta mujer en su vejez, muestra su compasión más que CONCRETA!!!